

A LOS PIES DE UNA TUMBA

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Si alguien cruza el arco de hiedra de la calle principal del cementerio a las cuatro de la tarde un día cualquiera de septiembre no deberíamos sorprendernos. Poca gente hay, sí, es por el calor. El chico ese del pelo oscuro se acerca cabizbajo a nosotros, que estamos en un cruce de caminos observándolo con descaro aunque no se dé cuenta. Le sigue un perrillo de aguas con el pelo todo negro y todo rizado olfateando por curiosidad, no porque busque dónde mear. Es silencioso, los dos lo son, y eso que andan rápido. Una parada, a la izquierda de una tumba que no es la suya. Un ramo de flores blancas, rosas de pétalos arrugados por el sol (amarilleaban hacia el borde, como pudriéndose). Agarra una por el tallo, sale volando una avispa adormecida. La esquiva inclinándose hacia atrás, levantando la mano, suave, bailarina, apoya el peso en los talones, una espina, frunce los labios y arruga el entrecejo, en dolor y asombro. Sangre en la yema de uno de sus dedos, una maldición y no pasa nada, la limpia en la limpia flor que ha elegido y sigue su camino.

Cuando se nos acerca nos vemos obligados a apartarnos, pero como no nos ve no dice nada, y gira a la izquierda y nosotros lo seguimos de cerca y le miramos por encima del hombro, asomándonos a la cara que no hemos podido ver con el detalle que nos hubiera gustado, porque estaría bien saber qué tal está, por qué ha ido, si a vengarse o reírse de alguien, a recordar o a llorar, o a leer o a fumarse un porro, quién sabe, todo vale. Resulta que no avanza mucho, que solo hay cuatro o cinco tumbas hasta que llega a la suya, mármol gris y una cruz bien grande, polvo de años de descuido o de las obras recientes para hacer más calles en la ciudad de los muertos. Pasa el índice de la herida abierta por encima y el polvo es barro rojo, y lo levanta, y lo observa, y no le importa, así que se lo acerca al pulgar, lo restriega, y desaparece. Pronto brota nueva sangre.

— Pues ya ves, al final he vuelto. Siempre vuelvo. Yo...

Le tiembla la voz. Aprieta la mandíbula, se apoya en la tumba dejando la marca de sus puños, y ahoga un sollozo. Qué hace, estará bien. Se recompone.

— He traído esto.

Arroja la rosa sobre la lápida desde los pies de la tumba.

— Me parecía de muy mal gusto venir de visita y no traer un regalo. Lo he improvisado sobre la marcha, pero supongo que te dará igual.

La intención es lo que cuenta.

— Todavía no entiendo por qué sigue siendo tan importante.

Saca un paquete de tabaco de algún bolsillo. A todo esto, el perro se ha tumbado a la sombra de un contenedor de basura lleno hasta arriba de ramos y coronas de flores secas. Se le acercan moscas y las caza.

El chico se lía un cigarrillo ansioso, aguantando la respiración. Lo prende, da una larga calada, y en un suspiro se le escapa el humo. Deja caer la cabeza, y con los ojos cerrados:

— Hace un par de meses se me olvidaron las últimas palabras que me dijiste, y creo que no volveré a recordarlas. Es raro, ¿sabes?, supuse que algo así debería grabártete a fuego de por vida, que la memoria les daría un trato especial. Seguro que lo habría hecho si hubiesen sido lo último que me dejaste, pero no. Después de callarte no te fuiste.

>> Joder, al final no hablamos casi nada. Tengo mucho miedo de que algún día se me olvide también tu voz. No la del final. Si pudiera, rezaría para olvidar el gorgoteo enfermo que salía de ese erial sembrado de hongos. Lo que me aterra es olvidar la dulzura con la que hablabas hace años, aunque nunca me dijeras nada amable. O sincero, al menos. No sé. Me insultabas y socavabas mi puta autoestima día tras día con tu voz dulce llena de odio, y lo echo de menos. Te detesto por ello. Yo no elegí convertirme en un estorbo y tampoco elegí quererte como te quería. Y me odio por quererte, joder, ¡joder!, porque no me lo merezco. No me merezco echarte de menos porque no eres nada.

>> Seguro que te acuerdas de cuando adoptamos al perro. El perro más viejo de toda la jodida perrera. Te encaprichaste porque tenía el pelo todo negro y todo rizado, y creías que se parecía a mí, y ahora está lleno de canas y se va a morir en un par de años y yo voy a tener que soportar tu muerte y la de tu puto perro, tu puto perro que ahora es mío y quiero más que a mí mismo y quizás más de lo que te quise a ti pero no más de lo que te quiero. ¿Y sabes quién dejó de quererlo? Tú. Para ti no fue más que un capricho igual que todos los que tienes, igual que yo, seguramente. Así que yo le daba de comer, yo lo sacaba a pasear, yo le recogía las mierdas y yo pedía disculpas a los vecinos cuando se meaba en sus puertas o les ladraba a sus hijos. ¿Qué harán con el perro si yo también me muero?-(toma aire).- Pero te hizo feliz por un tiempo. Ni siquiera entonces me tratabas bien. Es que- (golpea la lápida con ambos puños, leve).- ¿qué te hacía feliz? ¿Y qué me hacía feliz, si te idolatraba, maldita sea, y tú no dejabas de someterme? No sé si alguna vez sonreíste, ni si alguna vez me importó.

>> Es que acabo de pensar en esto. Es una sensación que tengo desde que olvidé esas últimas palabras, con las tantas que hubo antes y nunca las recordé. Cuando moriste, los días o semanas siguientes, no pensé en ti. Ni se me ocurrió hacerlo. Porque me dolía,

porque lo hice por primera vez y me di cuenta de que no había nada que me gustase recordar. Te quise en vida y te odio en muerte. Detestable. Solo estaba triste, pero no pensaba.

>> No probaste bocado en un mes y medio, yo te limpiaba esas llagas aftosas y pasaba gasas húmedas para dar brillo a tus labios moribundos, y ni pensaba en besarte. Aguantaste sin comer absolutamente nada cuarenta y cinco días. Sueros en vena y vacío. Me sentaba frente a ti, leía en voz alta, y no recibía más que gruñidos e indiferencia. Seguro que te molestaba. Nunca te gustó leer. Lo tuyo era el cine. Tantos noes, tantos nuncas... la negación siempre formó parte de nosotros.

>> ¿Cuántas películas llegaste a rodar? ¿Escribiste muchos guiones? Dios, la escritura, siempre la escritura. Ella tuvo la culpa de tu mal carácter. ¡No puedes escribir nada si no te gusta leer! ¡Es demencial, es una puta contradicción! ¡Lee, te decía, y tú me mandabas a tomar por culo con tu voz dulce, y yo insistía no por querer que siguienes mi consejo sino por oírte mandándome a la mierda una vez más! Es una de las cosas en las que más he pensado, lo he discutido varias veces con la psiquiatra. La psiquiatra es una buena mujer, todavía no le he contado que sigo viniendo a verte. No sabe que hablo contigo.

>> ¿Llegaba tu ambición al extremo de querer sentirte desgraciado? La infelicidad era tu musa, nada es más inspirador que el aura fría de la tristeza encogiéndote el corazón frente a las teclas. ¡El Arte, El Arte te ha matado! No escribiste, no rodaste, no dirigiste porque perdías el tiempo convirtiéndote en tu personaje y engañándote poniendo el esfuerzo como excusa solo para ocultar tu mediocridaaad. Y claro, la inspiración, La Verdad, es más importante que la vida vulgar, la vida que tocas y muerdes y hueles, la vida en la que yo estaba a tu lado. La Verdad es absoluta, es eterna y solo tú la tenías. Era tu privilegio, la bendición de tu don, y yo era vulgar y no merecía ser un personaje de tus guiones. No me había roto lo suficiente, así que me utilizaste como un trozo de arcilla y moldeaste a tu antojo mis deseos y la pérdida casi inexorable de la cordura. Observaste mi caída y disfrutaste convirtiéndome en tu mascota y en la diana de la compasión de los espectadores. ¡Tus espectadores inexistentes!

>> En tu entierro no hubo música. Tampoco hubo mucha gente. Cuando nos quedamos solos me puse a tararear una melodía que le habría ido bien a lo que escribías. Era lenta. Apenas cinco o seis notas sostenidas mientras me quedaba aire en los pulmones. Te habría parecido satisfactorio, pero no me lo habrías dicho.

Suspira.

— Tampoco creo que tengas la culpa de todo. Al fin y al cabo habías de salvar a la humanidad de la pasividad con que nos manipulan, de La Farsa, la Gran Mentira que solo los elegidos que se habían asomado a La Verdad podían ver. Con El Arte nos abrirías los ojos, y no podías abrir nuestros ojos si no sabías lo que significa tener los ojos cerrados, pues tú siempre habías visto La Verdad y desconoces lo que es La Mentira. Tus torturas no tenían nada de personal, solo eran un experimento que te convertía en un personaje memorable y a mí en la fuente de tus desvaríos. Yo fui la musa, y mi desesperación era la desesperación de toda la humanidad. No podías salvarlos a ellos sin destruirme a mí.

>> Sé que era tu misión. Crear y menospreciarme, ver La Verdad en mis heridas, ayunar durante la revolución de los nervios y los disturbios de la electricidad y la tecnología. El trance se alargaba semanas, meses, y no comías, no reaccionabas, solo escribías transportado por El Arte a ese mundo de fantasías ininteligibles, irreproducibles, el gozo momentáneo y el orgullo perecedero ante la insatisfacción continua que desembocaba en mis cardenales. Sé hasta dónde llegas, por eso les dije a los médicos que no se preocuparan. Insistieron en ponerte sueros. No saben nada, cuando tenías hambre simplemente te alimentabas de tu ego.

>> Te creías Dios. Y luego, poco a poco, me olvidaste. Y olvidaste cómo hablar. Te dejaste morir y me cargaste a mí con tu muerto. Un último capítulo de amargura en mi historia y el encumbramiento de mi nombre como mártir santificado en base a su amorosa resignación. El último sometimiento.

>> Y acertaste. Nadie lo sabrá, pero conseguiste lo que te proponías. Me he convertido en un mártir incapaz de sentir nada si no es dolor y odio. ¿Y odia un mártir? ¿Y recuerdan los mártires? Porque a mí me han fallado los recuerdos, y no puedo recordar porque me duelen, pero el dolor es lo único que me mantiene unido a la vida, solo estoy aquí porque puedo sentir, porque puedo estar triste y seguir odiándote, porque puedo mentir a una profesional y hacerla creer que me está ayudando cuando solo quiero morirme. ¡Te odio, y quiero estar contigo!

El chico rompe a llorar y se echa al suelo. Apoya la espalda en el mármol de la tumba, se cubre la cara con las manos donde todavía está el cigarrillo que se lió al llegar y del que solo dio una calada. Se sorbe los mocos, se restriega los ojos, solloza y coge aire con fuerza para sofocar el llanto. Nos mira (sin vernos, pero como si nos viese).

— No sé si quiero dejar de sufrir, o morirme para seguir sufriendo.